

EL ECO DEL TORRENTE

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

ACTORES

| | |
|--|--------------------------|
| El Conde de Castilla, Garcí- Fernández..... | DON PEDRO GONZÁLEZ MATE. |
| La Condesa Argentina..... | DOÑA TEODORA LAMADRID. |
| Zelina, esclava mora..... | DOÑA BÁRBARA LAMADRID. |
| Lotario, señor de Roquesort..... | DON CARLOS LATORRE. |
| Jenaro, escudero de Lotario..... | DON FRANCISCO LUMBRERAS. |
| Gijés..... | DON PEDRO LÓPEZ. |
| Hassan, esclavo moro..... | DON N. SÁNCHEZ. |
| Egidio, caballero castellano..... | > |
| Un paje..... | > |

Damas, esclavas y caballeros.

Siglo X.—Año

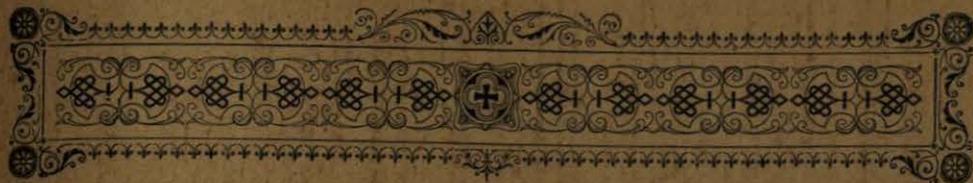
A

A. Tomás Rodríguez Rubí

en prenda de franca y leal amistad,

José Zorrilla.

Madrid, 22 de Enero de 1842.



EL ECO DEL TORRENTE

ACTO PRIMERO

Aposento de la condesa Argentina. Decoración cerrada, con balcón en el fondo; dos puertas en primer término y dos secretas en el segundo. Zelina, sentada en un almohadón, despierta al ruido de la puerta de la derecha, por donde llama Argentina.

ESCENA PRIMERA

ZELINA y ARGENTINA

ZELINA

¡Maldito quien á deshora
viene mi sueño á turbar!
Ni aun el placer de soñar
logrará la pobre mora.

ARGENTINA
(Entrando.)

¡Esclava!

ZELINA
(Aparte.)

(¡Cuánta altivez!)

ARGENTINA

Tarda has andado en abrir.
¿No me sentiste venir?
¿Tal vez dormías?

ZELINA

Tal vez.
Tres noches pasé velando

del Conde á la cabecera;
¿qué extraño es que me rindiera
el sueño?

ARGENTINA

Siempre aguardando
á tu señora te rinde.

ZELINA

Descansa el ánima inerte
de la esclava cuando duerme,
que no hay placer que la brinde
tranquilamente á velar,
sabiendo que, mientras viva,
sólo gozará cautiva
el bien que logré soñar.

ARGENTINA

Importunas, mora, son
tus quejas, á lo que creo.

ZELINA

Que no las siente ya veó
vuestro feliz corazón.

ARGENTINA

¿Feliz le llamas?

ZELINA

Pues ¡no!
¿Qué deseo le acosara
que al punto no le lograra?

ARGENTINA

Más feliz eres que yo,
Zelina; que aunque es verdad
que vives cautiva aquí,
¿sería en tu patria, di,
más franca tu libertad?
Encerrada tu hermosura
en el harén de un señor,
el alcázar de tu amor
fuera á par tu sepultura.

ZELINA

De mandar á obedecer
va grande trecho, señora.

ARGENTINA

Esclava es siempre una mora
desde que acierta á nacer.
Infel y altivo su esposo,
su amor con varias divide,
y amor en su esposa pide
como absoluto, celoso.

ZELINA

Mas con placer se obedece
de quien se ama el capricho.

ARGENTINA

Está, mora, muy bien dicho,
pero es cuando él lo merece;
porque es muy duro tormento
mentir fortuna y amor,
dentro del alma el dolor
y en el semblante el contento.
Es muy terrible guardar
un pensamiento escondido
en el corazón nacido,
sin poderle de él echar;
vivir de noche y de día
velando la oculta idea,
para que nadie la vea,
ni la entienda quien la espía.
¡Ah! ¡Tú no comprendes eso!

ZELINA

¡Pluguiera á Alá fuera así!
Pero yo arrastro ¡ay de mí!
tras de mi vida ese peso.
Cuanto con afán mayor
ocultarle me interesa,
más el secreto me pesa,
es más íntimo el dolor.
Vos en el vuestro, á lo menos,
tenéis quien os le consuele;
el mío á nadie le duele,
que á todos les son ajenos
de un esclavo los pesares.

ARGENTINA

¿Qué vale mi libertad,
si es ella sola, en verdad,
la causa de mis azares?
Vosotros, que en vuestro dueño
podéis mirar un verdugo,
de sacudir vuestro yugo
hora buscáis con empeño.
Yo soy tu ama, te digo,
y tú, al caer á mis pies,
con ira secreta ves
en tu señor tu enemigo.
Á mí, Condesa me llaman
y danme el más alto puesto;
mas ¿quién sabe si detesto
á los mismos que me aclaman
su bien, su amor, su señora?
Ya ves que fué gran deslíz
tenerme á mí por feliz
á par de una esclava mora.

ZELINA

Mas podéis tener amigos
ó buscarlos; pero yo....

ARGENTINA

¿Amigos has dicho? No;
fueran de mí mal testigos.

ZELINA

Tenéis un esposo noble,
galán, amante y discreto,
con quien partir un secreto
que os agobia.

ARGENTINA

Y fuera doble
mi pesar; fuera el postrero,
sin duda, Zelina, y fuera
hacer de una ruin quimera
un verdugo verdadero.
No, no, jamás: si algún día
de mi corazón le echara,
á él solo se le ocultara.

ZELINA

¿Acaso le ofendería?

ARGENTINA

¡Necia de tñ! ¿No conoces
la razón de mis enojos,
cuando pregonan mis ojos
lo que no dicen mis voces?
¿No ves que al llorar la calma
de mi corazón perdida,
guardo en secreto escondida
mi desventura en el alma?

ZELINA

¡Callad! Sus secretos son,
mientras en suspiros los lanza,
faros de dulce esperanza
que alumbran el corazón.
Mas si en la lengua atrevida
á palabras se reducen,
son áspides que introducen
su ponzoña en nuestra vida.

ARGENTINA

Sí, ¡por Dios!

ZELINA

Señora, quedo;
el secreto que guardáis
callad, no me le digáis,
pues pagárosle no puedo.

ARGENTINA

Pagarle!

ZELINA

Pagarle, sí,
con el mío; mas es tal,
que el vuestro es menos fatal
que el que me acongoja á mí.

ARGENTINA

Esclava, ¿qué desvario
te asalta? ¿Con cuál objeto
uno por otro secreto
mides? ¿Te dije yo el mío?

ZELINA

Y mis sentidos, ¿cegados
por ventura están? Mis ojos,
¿no ven de vuestros enojos
los arcanos tan guardados?
Quien al pie de vuestro lecho
os vela vuestro dormir,
¿no se podrá introducir
con astucia en vuestro pecho?

ARGENTINA

¡Traidora!

ZELINA

No es la traición
obra mía; es vuestro el dolo:
vuestro labio fué el que solo
vendió á vuestro corazón.
Él fué quien en vuestro sueño
pronunció el oculto nombre,
y no era el que lleva el hombre
de cuyo honor sois el dueño.
No: en la alcoba solitaria,
con amorosa porfía
le invocabais, y yo oía
la recóndita plegaria.
Llorabais, ¡ah! y yo también,
sí; con llanto abrasador
vos, vuestro perdido amor,
y yo mi imposible bien.

ARGENTINA

¡Oh! Te dolías de mí;
de mis pesares testigo,
los lamentabas conmigo.

ZELINA

Recordé los míos, sí,
que es uno mismo el objeto
de nuestros males, señora,
y el corazón de la mora
guarda también un secreto.

ARGENTINA

¿Tú amas?

ZELINA

¡Con cuánto ardor!
Mas si el aire sorprendiera
mi secreto, aun de él temiera
que me vendiese traidor.
Sí, yo amo á un hombre también;
mas el nombre del que adoro
escondo como un tesoro,
mi corazón es mi harén.
Aquí sin cesar le llevo
indeleble, solitario,
fanal de oculto santuario
á cuya luz no me atrevo.

ARGENTINA

Dichosa tú que conoces
á quien amas, y le ves.

ZELINA

¡Vuestro amor....

ARGENTINA

Solamente es
el son de mis tristes voces.
Le amé y me adoró algún día,
mas ya, á mi ver, me olvidó;
niebla que se disipó
con la luz del nuevo día.
Mas me olvido de quien soy,
y de quien eres me olvido;
esclava, lo que has oído
olvidalo tú desde hoy.
¿Qué me importan tus secretos
ni tus necios desvarios?
¿Te he confiado los míos?
Si los sabes....

ZELINA

Bien sujetos
los tengo en mi corazón,
y no se me escaparán.

ARGENTINA

Silencio, pues; de tu afán
no pregunto la razón.
Tus cantares me agradaron,
y entre ciento te elegí

para entretenerme á mí,
aunque mil te desearon.
Tu oficio es sólo cantar,
de inclinaciones desnuda;
¿lo oyes? Sorda, ciega y muda
has de ser si has de medrar.
Y en tu memoria altanera
con cifra indeleble graba
que te tengo por esclava,
pero no por consejera.

ZELINA

Dadme paciencia, Señor,
para sufrir su altivez.

ARGENTINA

Silencio, pues, otra vez,
ó tiembla de mi furor.

(Vase Zelina á una seña de Argentina.)

ESCENA II

ARGENTINA, sola.

¡Sorprendió mi amor antiguo,
mas lo callará prudente!
Además, que aunque lo cuente,
en dédalo tan ambiguo
meterá á quien se lo escuche,
que sin hilo conductor,
jamás saldrá del error
con que alucinado luce.
Mas ¡ay de mí! ¿Qué recelo,
si yo misma al cabo ignoro
la existencia del que adoro
y el sino que le dió el cielo?
Al Conde podrá decir
lo que ella me oyó soñar;
mas ¿á otro no pude amar
antes de á Burgos venir?
¿Qué hay que reprocharme en esto?
Ha un año que estoy casada
y de él no he sabido nada,
ni medios para ello he puesto.
Le amo, es cierto; pero ¿y qué?
Si olvidarle no he podido,
la culpa, ¿de quién ha sido?
¿Por voluntad me casé?
Y si jamás le ofendí,

ESCENA III

ZELINA

¡Señora! Pero ¿qué es esto?
¿Por dónde salió? Señora....
¿Si dormiré?.... Alerta, mora,
procura ganar tu puesto.
Alimenta tu esperanza,
que si á ella el amor la culpa,
á ti el amor te disculpa,
que opuesto á su amor avanza.

(Vase, dejando la puerta abierta, y al mismo tiempo meten la llave en la de la galería. Al tiempo que por ésta aparece Argentina con Jenaro, aparece por la otra la mora con luz. Al verla Argentina cierra la puerta con precipitación, dejando á Jenaro fuera. Quédanse mirando una á otra: Argentina con sorpresa, la mora con inteligencia.)

ESCENA IV

ARGENTINA y ZELINA

ARGENTINA

¿Quién va?

ZELINA

¡Ah!

ARGENTINA

¿Quién te mandó
llegar sin que yo llamara?

ZELINA

La luz temí que os faltara,
y entraba á doblarla yo.

ARGENTINA

Toma, menguada, y aprende
(La da un bofetón y se la cae la luz.)
que yo soy quien manda aquí.
¡Ea, despeja!

ZELINA

¡Ay de mí!

ARGENTINA

¡Fuera!

¿de qué se podrá quejar?
¿De que no le puedo amar?
Quéjese de él, no de mí.

(Abre la ventana y dice asomándose.)

La noche lóbrega cierra,
no brilla estrella ninguna,
y encapotada la luna,
alumbrá á trozos la tierra.
¡Quién ¡ay! de mi dulce Francia
sobre sus rayos pudiera,
al soplo de una hechicera,
cruzar la inmensa distancia!
Mas mis ojos alucina
torpe ilusión, ó el espacio
del jardín de este palacio
cruza un hombre y se avecina.
¿Quién pudo á tal hora entrar
en los jardines? Se para....
Conmigo acaso se encara....
¿Qué busca en este lugar?
Me hace seña.... Mas no entiendo
lo que pretende.... Se aparta.

(Se oye caer en la escena un objeto entrando por el balcón.)

Pero ¿qué es esto? Una carta.
¡Cielo santo! ¿Qué estoy viendo?

(Lee.)

«Aunque parezca arrogancia
pedir de vos una audiencia,
la aguarda con impaciencia
un peregrino de Francia.»
Sueño, ¡Dios mío! Es su letra,
es él, es él; me lo augura
mi corazón, que en la obscura
sombra hasta el suyo penetra.
Mas ¿cómo traerle aquí
sin que nadie le aperciba?
Fiaré de esa cautivá....
No, son armas contra mí.
Yo misma le iré á buscar.
Mas fuera mucha osadía.
¡Ah! Pero esta galería,
¿no va al jardín á parar?
Es verdad que nadie la usa,
mas es causa en mi favor.
Sírvenme de excusa, amor,
si es que la razón me acusa.

(Busca una llave, con la que abre una puertecilla secreta que habrá en el fondo; toma la lámpara, y sale por ella, volviendo á cerrar. La escena queda á oscuras.)

ZELINA

Y ¡ay de quien me ofende!

(Sale la mora. Argentina cierra la puerta y abre la otra.)

ESCENA V

ARGENTINA y JENARO

ARGENTINA

Nada, por fortuna, vió,
y á no venir con tal tiento,
sorprende todo el intento:
pero diestra anduve yo.
Pisad quedo, y evitad
que oigan por algún resquicio.

JENARO

Habéisla dado sin juicio,
señora, y sin caridad.

ARGENTINA

Cien veces se lo advertí,
y como entró de rondón
en tan precisa ocasión,
arreatada la dí.

JENARO

Mirad.....

ARGENTINA

¿Defendéisla ahora?
¿Qué importa esa bofetada?
¿No está á sierva destinada?
Pues que aguante á su señora.
Mas vos quién sois concluyamos;
Jenaro tú, ¿con qué traza?.....

JENARO

¿Nada aquí nos amenaza?

ARGENTINA

Nada; seguros estamos.

JENARO

Lotario en Burgos está.

ARGENTINA

¡Dios mío! ¿En Burgos?

JENARO

Llegó hoy.

ARGENTINA

¿Y tú?

JENARO

Su escudero soy,
como siempre.

ARGENTINA

Y ¿dónde va?

JENARO

¿Adónde ha de ir, señora,
sino adonde vos estéis?
Á no que vos le mandéis
que se vuelva con la aurora.

ARGENTINA

No, no.

JENARO

¿Le amáis todavía?

ARGENTINA

¡Mas bajo, por compasión!
Sí, le amo en mi corazón;
mas ¿él?

JENARO

Con idolatría.

Con intriga cautelosa,
de vuestro padre ha logrado
venir á Castilla enviado
de embajador de Tolosa:
y él, que ignora vuestro amor,
en nuestro lazo ha caído
sin darse por entendido.
Con sigilo previsor
en Burgos hemos entrado
sin que el pueblo se aperciba
de nuestra oculta misiva,
y de veros me ha encargado.

ARGENTINA

Pero ¿y Lotario?

JENARO

No osó

venir, que era necio paso,
sin saber si el tiempo acaso
vuestros intentos mudó.

ARGENTINA

¿Mudarlos? Por vida mía,
sin maldecir la distancia
que me apartaba de Francia,
no me dormí ningún día!
Esta tierra me es odiosa,
y poco es Burgos, la España
diera por una cabaña
en Roquefort ó en Tolosa.
Allí mis memorias viven
y allí mis dichas están,
allí mis suspiros van,
y allí alimento reciben.

JENARO

Mas el Conde, ¿cómo os trata?

ARGENTINA

¡Pobre! Mis desvíos llora,
delira por mí, me adora,
y esto es lo que más me mata.
Tal vez por mis sinsabores
grave enfermedad le aqueja
que sosegar no le deja,
presa de agudos dolores.
Yo, cuando á solas me quedo
con él, al verle llorar
lloro ¡ay de mí! á mi pesar,
pero quererle no puedo.
Yo no he soltado jamás
un gemido en su presencia,
mas él lee mi indiferencia
en mi semblante quizás.
Él conoce, puede ser,
y así su dolor agrava,
que fuera alegre su esclava,
pero nunca su mujer.
Lo entiende, le pesa y llora:
yo le martirizo y lloro.
¡ay! yo porque no le adoro,
y él porque lo ve y me adora.
Tú que me has visto nacer,
tú, en cuyos brazos me cida
pasé mi niñez florida,
¿qué me aconsejas hacer?
Ver á Lotario es mi anhelo,

hablarle, llorar con él.....:
¿será mi estrella tan cruel
que me culpe este consuelo?

JENARO

Y ¿quién os podrá culpar
tan justo y sincero empeño,
si nadie se puede dueño
de su corazón llamar?
Cumplida nuestra embajada,
volveremos á Tolosa.
Un hora, pues, venturosa,
¿por qué os ha de ser negada?
Él muere por veros.

ARGENTINA

¿Sí?

JENARO

Su fanatismo, su gloria,
no es más que vuestra memoria.

ARGENTINA

¿Conque se acuerda de mí?

JENARO

No se pasa un solo instante
sin que os escuche y os vea
allá en su escondida idea,
en su desvarío amante.
Y á tanto por vos se empeña,
que es, rayando en la locura,
por vuestro nombre, si jura;
con vuestro nombre, si sueña.
Tal vez guardó vuestra toca
de vuestro amor por despojos,
y aun la humedecen sus ojos
mientras la besa su boca.

ARGENTINA

¡Calla! que con tal pintura
mi corazón desfallece,
y mi razón enloquece
con tan celestial ventura.
Él me amó, ¿y amedrentarle
imposibles no pudieron,
y á mí vacilar me hicieron
hasta dudar de esperarle?
Sal ya, secreto escondido,
del corazón que atosigas,

sal del alma en que te abrigas temeroso y desvalido.
Ya no eres vago deseo sin ventura ni esperanza, eres voz cuyo eco alcanza más allá del Pirineo.
Ven, ven, Lotario, á mis brazos aunque se ofenda Castilla y alce el Conde su cuchilla para hacerme allí pedazos.

JENARO

Pues bien pronto le verás.

ARGENTINA

¿Cuándo?

JENARO

Mañana.

ARGENTINA

¡Mañana es tarde!

JENARO

De buena gana fuera ahora, pero quizás.....

ARGENTINA

¿Qué temes? ¿Tú no has llegado tranquilamente hasta mí por esos jardines?

JENARO

Sí;
mas yo soy sólo un criado, un siervo de vuestra casa que os vió, Argentina, nacer y que no supo poner al leal deseo tasa de abrazaros y de veros: todo esto puede probarse, y es cosa que perdonarse puede á viejos escuderos, mas á caballeros no; que otras sospechas nacieran, y si verdades salieran, no salvara él como yo.

ARGENTINA

Pues bien, Jenaro, es preciso que yo le vea; no hay fuerza que esta voluntad me tuerza; iré yo, llévale aviso.

JENARO

¿Vos con noche tan oscura de este palacio salir?

ARGENTINA

Ó viene él, ó yo he de ir.

JENARO

Que venga es menos locura.

ARGENTINA

Que venga, pues.

JENARO

Pero sea cuando todo esté sumido en el sueño, y advertido, ningún curioso lo vea.

ARGENTINA

Sea.

JENARO

Yo os esperaré con él en la empalizada en hora más avanzada.

ARGENTINA

Yo de aquí os avisaré; y hasta que todo repose y retire del balcón la luz, mucha precaución, y nadie mostrarse ose.

JENARO

¿Y si hay algo que lo impida?

ARGENTINA

Te haré la hora avisar.

(Llaman.)

¡Cielos, he oído llamar!
Huye de aquí, ¡por tu vida!

JENARO

¿Si me habrán visto venir?
(Vase por la puerta secreta.)

ARGENTINA

Imposible; mas sal presto.
¿Cuál será el nuevo pretexto de venirme á interrumpir?

ESCENA VI

ARGENTINA y UN PAJE

PAJE

El Conde os pide permiso para saludaros antes de recogerse.

ARGENTINA

Si es esa su voluntad, di que pase, que será bien recibido.

PAJE

Pues vendrá al punto; esperadle.
(Vase.)

ESCENA VII

ARGENTINA, ZELINA y DAMAS

ARGENTINA

Elvira, Diana, Constanza, arreglad mi vestidura, que pende de mi hermosura esta noche mi esperanza.

(Zelina, Elvira y Constanza arreglan los cabellos y el traje de Argentina, la prenden flores, la traen anillos que se pone, etc., etc. Zelina mirando por todas partes hasta que ve la llave puesta en la puerta secreta.)

ZELINA

Aquí no está y no ha salido; mas no erré....., llave hay allí.

ARGENTINA

¿Qué murmuras tras de mí?
(Al volverse ve á Zelina que lleva la mano al carrillo.)

¡Hola! ¿Conque lo has sentido? Pues tanto la faz te duele, ve si te place ese anillo, y el escozor del carrillo ese rubí te consuele.
Y advierte que mil criadas á pie juntillas quisieran que sus señoras las dieran anillos y bofetadas.

(La da uno y lo rehusa.)

¿Qué es eso?

ZELINA

Os pido perdón.

(Aparte.)

(¿Qué valdrá el rubí en mi dedo si borrar con él no puedo mi afrenta del corazón?)

ARGENTINA

¡Por Dios, criatura necia, que estoy con razón tentada de dar otra bofetada á quien el rubí desprecia!

ZELINA

Pues no tengo libertad, lo podéis á salvo hacer; mas que no pude escoger mi suerte considerad.

ARGENTINA

Silencio, esclava. Naciste de moros hija, y cautiva, piensa que sólo estás viva porque en gracia me caíste. Pues me placen tus cantares, cantar es tu obligación; canta y di á tu corazón que encarcele sus pesares. Canta, esclava.

ZELINA

Cantaré; mas quiera el cielo, señora, que la canción de la mora más sentimiento no os dé.

ARGENTINA

Arrepentida te quiero; mas ¿quién llega?

PAJE

El Conde.

ARGENTINA

Abrid.

ZELINA

¡Qué abatido está!

ARGENTINA

Salid.

ZELINA

(Pero sanará: lo espero.)

ESCENA VIII

EL CONDE Y ARGENTINA

CONDE

Guárdete Dios, Argentina.

ARGENTINA

Conde, vengáis en buen hora.
¿Cómo os sentís?

CONDE

Bueno ahora,
pues estoy cerca de ti.

ARGENTINA

Sentaos, tomad aliento;
os cansa mucho el caballo.

CONDE

Dicen los doctores que hallo
alivio á mi mal así,
y obedezco sus consejos;
aunque, en verdad, no imagino
que avanzo mucho camino
con ellos en mi salud.
Y tú, ¿cómo estás? Ya ha mucho
que en mi cuarto no te veo.

ARGENTINA

Mis visitas escaseo,
y hago con exactitudlo que mandan los doctores.
Mi presencia os empeora.

CONDE

¡Argentina encantadora,
¡ah! no los creas, por Dios!
Tu presencia me es un bálsamo
que mis cuitas adormece;
tu presencia me parece
que mi salud trae en pos.
¡Oh bellísima Argentina,
luz de mis ojos radiante!
Desde el fortunado instante
en que por dicha te vi,
mi voluntad, mi deseo,
á más ventura no alcanza,
que á la segura esperanza
de tenerte junto á mí.
De noche, allá en mis delirios,
tu imagen se me aparece,
y el alma se me estremece
con tan dichosa ilusión.
La luz que radia tu rostro
mi corazón ilumina,
que hasta en tu sombra, Argentina,
te adora mi corazón.
De día, ansioso te busco,
y si en el jardín paseo,
dichoso además me creo
si de la reja á través
alcanzo tu sombra errante,
aun sabiendo ¡vida mía!
que mi amorosa agonía
ni te imaginas, ni ves.
Mas tú entretanto me esquivas,
y sola, y triste, encerrada
una tras otra jornada,
en tu aposento te estás.
Algunas veces me han dicho
que baña el llanto tus ojos....
¿Por qué, di, son tus enojos?
¿Lloras tu patria quizás?

ARGENTINA

Tal vez, señor: de Castilla
nacida, en verdad, muy lejos,
la razón ni los consejos
basta no podrán tal vez
(y os lo confieso con lágrimas)
á borrar de mi memoria

la melancólica historia
de mi dichosa niñez.

CONDE

Pues bien, no quiero que nunca
ni aun caprichos se te nieguen.
Dentro de un mes, cuando lleguen
las puras auras de Abril,
partiremos á Tolosa,
verás otra vez al Conde
tu padre; sí, iremos donde
quiera tu anhelo infantil.
Yo uniré á ti mi destino,
¡oh bellísima francesa!
sé en Castilla la Condesa,
y donde te plazca vé.
Yo iré contigo, y al lado
de quien tan fino te adora,
tú serás reina y señora,
y yo tu esclavo seré.

ARGENTINA

(De rodillas.)

¡Generoso castellano!
¿Cómo pagar tus finezas?

CONDE

¡De nuevo á llorar empiezas!

ARGENTINA

De gratitud, Conde, sí.

CONDE

¿No te amo, paloma mía?
En contemplarte, en quererte,
¿qué hago de más, si la muerte
me fuera dulce por ti?
Pero basta; alza, Argentina;
veo que un pesar secreto
te acosa; calla su objeto,
no quiero saberle, no.
Si tengo en su causa parte,
quiero, Argentina, purgarla;
necio fuera en preguntarla,
debo corregirla yo.
Mas oigo en esa antesala
rumor....

ESCENA IX

DICHOS Y UN PAJE

PAJE

Vuestros caballeros,
señor, y vuestros monteros,
vienen orden á pedir
para mañana.

CONDE

Argentina,
recíbeles tú; me siento
cansado, y no tengo aliento
sus cumplidos para oír.
¡Ay!

ARGENTINA

¿Suspiráis?

CONDE

De fatiga.
Era tan terco el caballo
en que corrí....

ARGENTINA

Si os obliga
el sueño....

CONDE

No, dulce amiga;
mas perezoso me hallo.

ARGENTINA

¿Queréis reposar?

CONDE

No, á fe;
que mandarás me pluguiera
á los pajes que ahí dejé
que apronten una litera,
que volver no quiero á pie.
Húmeda la noche está,
y es tarde, Argentina, ya,
para cruzar el espacio
de los jardines, que va
á mi aposento en palacio.
Si en tanto no te desplace,

oyera de buena gana
esa que prodigios hace,
esclava mahometana.

ARGENTINA

Yo os la enviaré.

CONDE

Que me place.

ESCENA X

EL CONDE

¡Ay de mí! ¡Tan cariñoso
con ella y tan complaciente,
tan rendido y cuidadoso,
y ella siempre con su esposo
tan fría é indiferente!
¡Siempre en su Francia pensando!
¡Siempre encerrada y llorando!
¡Maravilla es, en verdad!
Mas si otro amor lamentando....
¡Callad, sospechas, callad!
Dejadme, celos, gozar
en esta ilusoria calma:
sí, dejádmelo ignorar,
no hagais más agria brotar
vuestra ponzoña en el alma.
Los celos son ¡ay de mí!
mis dolores: celos son
de mi mal la causa, sí,
el mal que sufro está aquí
en mi pobre corazón.
Si es que rendirse no puede
á mi amor su ánima esquiva,
con sus ilusiones viva,
con sus memorias se quede;
mas si otro amor la cautiva,
si no bastándola el mío,
en otro amorosa piensa
con criminal desvarío,
¡oh! el hilo de su desvío
me llevará hasta mi ofensa.

ESCENA XI

EL CONDE y ZELINA

CONDE

¡Hola! Bien venida, mora.

ZELINA

Hame dicho mi señora
que era vuestra voluntad....

CONDE

Oírte, sí; sea en buen hora:
veamos tu habilidad.

ZELINA

La música es un consuelo
que calma nuestra inquietud.

CONDE

Siempre como don del cielo
la miré.

ZELINA

Aleja el desvelo
y avecina la salud.
Yo en mis pesares, señor,
con ella me le procuro
y adormece mi dolor;
canto mis cuítas, mi amor,
y dichosa me figuro.

CONDE

¿Conque amas?

ZELINA

Sí, con fatal
elección.

CONDE

¿Luego el objeto
de tu amor te paga mal?

ZELINA

Sí, mas con razón.

CONDE

¿Con cuál?

ZELINA

Esta es, señor, mi secreto.

CONDE

Quiero respetarle, pues;
mas yo no soy un tirano,
y si con mi empeño ves
que más fácil....

ZELINA

Así es;
pero intentarlo es en vano.

CONDE

En curiosidad me ponen
tus palabras, pobre mora.

ZELINA

Tales ruegos se interponen,
que harán mi lengua traidora
si á mi silencio se oponen.

CONDE

No insisto más si te enojo.

ZELINA

Os agradezco el favor.

CONDE

Dicen siempre que el amor
es de zarzas un manojo

ZELINA

¿Y la música, señor?
(Preludia la mora en el arpa.)

CONDE

Tienes razón: ya te escucho
con mi cansancio aunque lucho.

ZELINA

(Zelina, ésta es la ocasión.)

CONDE

Ya de preludios es mucho;
vamos, mora, á la canción.

ZELINA

(Canta.)

«¡Ay del que fia insensato
en el amor de una bella,
si guarda en silencio ella
ponzoña en el corazón!
¡Ay del que infiel [éll]»
adora á una hermosa que no le ama á

CONDE

Deja cantigas de amor,
y más si son lastimera».

ZELINA

¿Qué cantaré?

CONDE

Lo que quieras:
no endechas, que es la mejor
un tejido de quimeras.

ZELINA

(Canta.)

«¡Ay del que fia insensato
en aposento que tiene
dos puertas, por donde viene
y se esconde la traición!
¡Ay del que fiel
conserva la jaula y el ave no es déll!»

(El Conde presta cada vez más atención al cantar de la mora: cuando ésta concluye, el Conde ha recorrido con la vista el aposento y visto las dos puertas. La mora sigue preludiando hasta que el Conde, al mirarla, la sorprende con la vista clavada en él.)

CONDE

(Aparte.)

(¿Qué escucho! ¿Es esto un aviso?)

ZELINA

(Aparte.)

(Lo ha comprendido. Vencí.)

CONDE

(Aparte.)

(Traición escondida aquí
sin duda advertirme quiso.
Siendo de enemiga casta
el esclavo y el señor....

(La mira, etc.)

¡Hola! Al buen entendedor
media palabra le basta.)
¿Zelina?

ZELINA

¿Qué me mandáis?

CONDE

¿Quién te enseñó la canción
que he escuchado?

ZELINA

Un bofetón.

CONDE

¿Tales maestros usáis
los moros para cantar?

ZELINA

Nos los prestan los cristianos,
que tienen largas las manos
y nos hacen estudiar.

CONDE

Vosotros, en recompensa,
le mostraréis....

ZELINA

Que un secreto
vale mucho bien sujeto
con los nudos de una ofensa.

CONDE

Y el secreto al denunciar,
tendréis ya medios seguros.

ZELINA

Las ventanas y los muros,
que nunca podrán hablar.

CONDE

La revelación empieza,
y ve que vale, en verdad,
lo cierto la libertad,
y lo falso la cabeza.

ZELINA

Señor....

CONDE

No tiene otro fin.

ZELINA

Pues bien; quien usarla sabe,
puede abrir con esta llave
á quien entre en el jardín.
Y vos no habréis olvidado
que ese escondido retrete

(Le muestra, y el Conde se entera de cuanto le va
diciendo.)

conduce á este gabinete
por corredor excusado.

CONDE

La totalidad revela.

ZELINA

Un astuto observador
de este camarín, señor,
es del cuarto centinela.

CONDE

¿De tu camarín?

ZELINA

Del mío:
con un pequeño rodeo
se llega á él; si el deseo
os aqueja, yo os le fío.

CONDE

Luego ¿aquí....

ZELINA

Esperando están
á un hombre que otro anunció.

CONDE

¿Les vistes tú?

ZELINA

Verles no;
mas con cauteloso afán
de cerca les escuché.

CONDE

Y ¿son dos?

ZELINA

Dos.

CONDE

¿Hombres?

ZELINA

Hombres.

CONDE

¿Oíste acaso sus nombres?

ZELINA

No pude oírles, á fe.
Y hablaron con tiento tal,
que aun fué mucho comprender.

(Después de un momento de pausa, el Conde la dice
con inteligencia:)

CONDE

Ella, ¿dijo....

ZELINA

«Idle á traer.»

CONDE

¿Y él?

ZELINA

«Haced vos la señal.»

CONDE

Que me cansó tu canción
dirás, y que me marché.

(Dándole un anillo.)

Y si eso te cura, ve
la señal del bofetón.

ZELINA

Prendas de tan soberano
valor, pierden en poder
de una esclava: otra ha de ser
mi prenda.

CONDE

¿Cuál?

ZELINA

Vuestra mano.

(Se la da y besa.)

CONDE

Tu labio abrasa.

ZELINA

Y también
vuestra mano.

CONDE

Celos son.

ZELINA

Los hay en mi corazón,
¿qué extraño que fuego den?

CONDE

(¡Con intención ha besado!)

ZELINA

(¡Con placer lo ha recibido!)

CONDE

(¡Del corazón la ha salido!)

(Vase.)

ZELINA

(¡Al corazón le ha llegado!)

ESCENA XII

ZELINA

¡Oh! Echado habías, señora,
muy torpemente la cuenta,
que es un guarismo una afrenta,
y muy exacta una mora.
Sin esa injuria cruel,
yo con mi dolor callara;
mas ya estamos cara á cara,
yo contigo y tú con él.
Un año de esclavitud
bajo poder tan tirano,
adiestra mucho la mano
y adelgaza la virtud.
Cuando queráis escondidos
vuestros secretos tener,
procurad, necios, haber
siervos sin ojos ni oídos;
y esclava buscad menguada,
cuyo descuido indiscreto
no sepa, con un secreto,
vengar una bofetada.

ESCENA XIII

ZELINA y ARGENTINA

ARGENTINA

¿Y el Conde?

ZELINA

Fuése indignado.

ARGENTINA

¿Indignado? Mas ¿por qué?

ZELINA

Mi canción, sin duda, fué lo que tanto le ha enojado.

ARGENTINA

¡Ira de Dios!

ZELINA

Hice yo lo que pude en mi cantar; mas no le debió agradar, que á la mitad lo dejó.

ARGENTINA

Sin pajes....

ZELINA

Tal fué su enojo, que ni á esperar su litera logré que se detuviera. De enfermo fué algún antojo.

ARGENTINA

(Pues tal antojo me agrada.)

ZELINA

¿Os entraré á desnudar?

ARGENTINA

No. Vete.

ZELINA

¿Vais....

ARGENTINA

Á rezar.

ZELINA

Entonces no digo nada. Buenas noches.

ARGENTINA

Dios te guarde.

ESCENA XIV

ARGENTINA

¿Por qué con tanta opresión me palpita el corazón, acongojado y cobarde? Yo misma á llamarle envié, mas ¡ojalá no viniera! Mi alma le ansía, le espera; mas se avergüenza mi fe. Ese noble castellano me antepone á todo, sí; y ¿he de pagarle ¡ay de mí! con proceder tan villano? «A Francia, me dijo, irás, donde quieras, porque al cabo yo siempre seré el esclavo, y tú la reina serás.» Conoce mi desamor y respeta mi secreto; yo también tendré respeto, á lo menos á su honor. Vendrá Lotario, vendrá, pero verá mi esquivéz, y será la última vez que mi acento escuchará. Yo le negaré mi amor á mi corazón, traidora, y que parta con la aurora el osado seductor. Cierro, y aguardo serena la hora del sacrificio.... ¡No sé si mi pobre juicio podrá con tan honda pena! Mas oigo abrir el cancel: sí, suben al caracol....

(Escuchando.)

y aun no hizo seña el farol.
¡Oh, sí! ¡Le conozco! Es él.

ESCENA XV

ARGENTINA y LOTARIO

ARGENTINA

¡Lotario!

LOTARIO

¡Argentina mía!

ARGENTINA

¡Silencio! ¿Cómo has osado, sin que yo te haya avisado....

LOTARIO

Esperar más no podía. Del Conde vi la litera el jardín atravesar, y no pude refrenar mi impaciencia. Tal vez era mucho arriesgada mi acción; mas perdona, hermosa mía; desde el jardín te veía por ese abierto balcón. Sabiendo que me esperabas, dije: «Prevenida está, pues que me llama.»

ARGENTINA

¡Y quizá con una ilusión gozabas!

LOTARIO

¿Con una ilusión?

ARGENTINA

Sí, sí: todo es mentira, Lotario; con el alba es necesario que partas lejos de mí. Vuelve, vuelve á Roquefort, huye de Burgos, y mira que ha sido mi fe mentira; mentira todo mi amor.

LOTARIO

¿Mentira dices que fué? Las lágrimas de tus ojos

desmienten esos enojos que finges.... no sé por qué.

ARGENTINA

¿No lo sabes ¡insensato! que en Burgos soy la Condesa?

LOTARIO

¿Y tanta anterior promesa de tu amor?

ARGENTINA

¿Y mi recato?

LOTARIO

Por fuerza tu padre vino tu mano al Conde á ofrecer.

ARGENTINA

La fuerza no puede hacer menos cierto mi destino.

LOTARIO

¿No le amas?

ARGENTINA

Guardo su honor.

LOTARIO

Tu corazón es primero.

ARGENTINA

Yo á mi pasión le prefiero.

LOTARIO

Argentina, eso es amor. Yo día y noche he corrido por verte, ¡oh necia locura! y á tu palacio ¡perjura! me has llamado y me has vendido. Sí; yo en la corte, dichosa te hubiera visto mañana, y al ver tu esquivéz tirana, me hubiera vuelto á Tolosa. Yo maldijera quizá tu inconstancia ó tu capricho; mas siempre me hubiera dicho: «Al fin, bien casada está.» Mas comprendo tu traición; para creer en tu fineza,

de Lotario la cabeza
te pondrá por condición.
Y tú, tan páfida ya
como ese vil castellano,
vas á ponerla en su mano
con complacencia quizá.
No; si tu intención es ésa,
no eres tú la que yo amé,
ni por quien aquí llegué,
ni Argentina, ni francesa.

ARGENTINA

¿Qué delirio te trastorna?
¿Venderte yo, que te adoro,
que atropello mi decoro?

LOTARIO

¡Gracias al cielo que torna
á tu mente la razón,
pues mi falso desvarío
te hizo confesar por mío
tu rebelde corazón!
Ya me lo has dicho: me adoras;
ya te arranqué á tu pesar
el secreto que ocultar
me querías.....; mira....., lloras,
y las lágrimas no salen
sino de un alma apenada,
y yo, Argentina adorada,
sé lo que las tuyas valen.
Te has dejado seducir
por mi fingido furor;
confiesa por fin tu amor,
porque no sabes fingir.

ARGENTINA

¡Oh! Sí, te adoro, es verdad;
tu imagen de mi memoria
no se apartó, fué mi gloria;
mas cállalo, por piedad.
Siento que tu amor me venza,
que mi obligación mancilla,
y esta confesión me humilla,
la ingratitud me avergüenza.

LOTARIO

La ingratitud, y ¿con quién?
¿Tú has dicho á ese castellano,
tuya soy? Lleve mi mano,
dijiste, á quien se la den.

Tu padre, por su interés,
por miedo acaso á una guerra,
compró un puñado de tierra,
ofreciéndote á sus pies.
Te echó de tu dulce Francia
y te arrancó de mis brazos,
sin ver que hacía pedazos
los sueños de nuestra infancia.
Pues bien: tú cumpliste ya,
te casaste con su gusto;
que el tuyo se cumpla es justo;
si quieres, se cumplirá.
Tú eres la heredera sola
de Tolosa; su condado
para ti está reservado,
y no has nacido española.
Huyamos de España, pues;
tu herencia y persona, en vano
reclamará el castellano
cuando en Roquefort estés;
que el moro con cruda guerra
su venganza atajará,
y el pobre Conde harto hará
con defenderse en su tierra.
Todo ello será un secreto.
Y tu padre ¿qué ha de hacer?
Nada le da que temer
del Conde el inútil reto.

ARGENTINA

Mentía si te dijera
que tan bella perspectiva,
Lotario, no me cautiva,
que es, á fe, muy lisonjera;
mas.....

LOTARIO

¿Qué dudas? Argentina,
traigo gente; intrepidez
nunca me faltó.

ARGENTINA

Tal vez
tu confianza te alucina.

LOTARIO

No me amas.

ARGENTINA

No digas tal,

Lotario, cuando aun te escucho;
pero me rinde, aunque lucho,
presentimiento fatal.

LOTARIO

Necios agüeros, ¿quién cree?
Con valor, ¿qué hay que arriesgar?

ARGENTINA

Déjame reflexionar,
y yo me resolveré.

LOTARIO

La tregua será muy corta.

ARGENTINA

Sólo un día.

LOTARIO

Uno no más.

Mañana.....

ARGENTINA

Al jardín vendrás
como hoy.

LOTARIO

Mucho es, mas no importa.

ARGENTINA

Irrevocable ha de ser
mi decisión.

LOTARIO

Sí, á fe mía.

ARGENTINA

Ea, pues, sal, que está el día
muy próximo á amanecer.

LOTARIO

Adiós, amor mío.

ARGENTINA

Adiós,
mi Lotario, y ¡por tu vida!
que te guardes bien.

LOTARIO

Descuida,
Que.... voy de la dicha en pos.

(Mientras Argentina despide á Lotario, que se va por la puerta secreta, el Conde asoma por el camarín de la mora, y al volverse Argentina, después de haber vuelto á cerrar la puerta, se encuentra cara á cara con él, que se llega á ella y la toma por el brazo con frialdad.)

ARGENTINA

(Aterrada.)

¡Cielos!

CONDE

Le dejo salir,
con mi coraje aunque lucho,
porque á ti te quiero mucho,
y él mañana ha de venir.
Mas si de ese seductor
te arrastraran los conjuros,
¡cenizas haré los muros
de Tolosa y Roquefort!

(Argentina cae de rodillas y cae el telón.)

